

SUBJETIVIDAD CONTEMPORÁNEA EN RELATOS BIOGRÁFICOS: EL YO QUE SUFRE TIENE LA PALABRA

María Susana Martins

Facultad de Periodismo y Comunicación Social;
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

Resumen

Este trabajo propone historizar y discutir los procesos de autorreferencia desde el análisis de un blog, *diariodeunamujeresteril.blogspot.com*, que funciona como un pequeño manifiesto en las redes sociales y que cataliza procesos de construcción de subjetividad a partir de la puesta en escena de las narrativas biográficas.

Palabras clave: subjetividad, narrativas biográficas.

Artículo recibido: 19/07/15; **evaluado:** entre 21/07/15 y 10/09/15; **aceptado:** 20/09/15.

—Vine a ver si podías ser otro.

—Y yo quiero que vos seas la misma.

Las 13 esposas de V. F., TV Pública, 2014

Creo en el gozo de narrar. Soy feliz contando.

Cecilia Martino, *Diario de una mujer estéril*

Los relatos de la subjetividad posmoderna pueden rastrearse en multiplicidad de superficies textuales que componen el espacio biográfico (Arfuch, 2002) como ensayos de narrativas ficcionales que escenifican un yo en la búsqueda constante de su especificidad y del vínculo con el otro. Este trabajo propone historizar y discutir los procesos de autorreferencia desde un blog, *diariodeunamujeresteril.blogspot.com*, que funciona como un pequeño manifiesto en las redes sociales. Una excusa para plantear tensiones que inquietan, perturban, conmueven. El ejercicio de contarse bajo distintas formas para avanzar en el campo de lo innombrable, para dar cuenta de la mirada del otro, para unificar en el relato la ilusión de lo que no se atrapa.

El yo moderno: institucionalización del sujeto

Según Freud la condición humana se caracteriza por su imposibilidad de ser feliz, ya que se ve impedida de dar rienda suelta a su componente instintivo en pos de la búsqueda del vínculo con los otros. Pensar la cultura como escenario de sublimación de los instintos agresivos y sexuales ofrece un modo posible de entender los procesos de subjetivación.

El dolor ha funcionado en el modelo freudiano como un estímulo para que el yo acepte un mundo externo, un afuera que produce sensaciones de displacer y que el yo, en su ambición hedonista, trata de mantener alejado. Pero no hay experiencia sin dolor. La pretendida búsqueda del placer eterno remite a un yo inmaduro que no ha podido establecer con claridad la frontera entre el interior y el "afuera".

Es difícil pensar la subjetividad sin un cuerpo que la encarne o una narrativa que la cuente, que la ponga en palabras legibles para el otro. No hay subjetividad, en ese sentido, sin la mirada del otro. La mismidad, la unicidad por fuera del vínculo con los demás es una pretendida ilusión de la modernidad cristalizada en la noción de individuo (único e indivisible como parte de la especie).

Tampoco hay subjetividad descontextualizada, atemporal y sin espacio. El yo se define en y por la cultura, acatando sus mandatos, construyendo sus resistencias, en constante devenir con el entorno (Freud, 1929). Todo proyecto cultural supone un sujeto, contempla una subjetividad legítima, nombrable y deseable. La modernidad, como matriz histórica social y cultural, emponderó al individuo en condiciones de libertad e igualdad (Simmel, 1986) y desplegó mecanismos de dominación del yo y del cuerpo que se plasmaron en técnicas de disciplinamiento y control (Foucault, 1975). El yo moderno es un individuo libre que reconoce la norma y se adapta a través de la regulación externa que imponen sus pares (los otros) y las instituciones, dispositivos de la ley (los Otros). Este proceso de autonomía del yo es el resultado de los desanclajes que promovió la razón como principio unificador de la subjetividad: la norma se volvió principio y fin de todo marginando a la emoción, el placer y el universo de lo sensorial que debió replegarse al ámbito de lo privado. El "proceso de civilización" que Elías reconstruye a partir de los manuales de las buenas costumbres bien puede pensarse como un mecanismo de autorregulación en búsqueda de "cuerpos dóciles" (Foucault, 1975) y como una manera de aventurarse al sujeto normativizado, obediente y reglado que el proceso de la modernización moldeó a través de una serie de instituciones que sostuvieron y promovieron los procesos de homogeneización de los sujetos: la familia como la gran agente de socialización pero también la escuela, la fábrica, la iglesia y el ejército. Estas instituciones funcionaron como el "gran sujeto" regulador de las pulsiones libidinales de los individuos, sublimadas en el acatamiento a la norma y a los dispositivos de control.

La matriz moderna como productora de sujetos se valió de categorías jerárquicas; de este modo los procesos de "individuación descendente" (Foucault, 1975), desde arriba y para todos los individuos, demandaron la instalación de un parámetro de normalidad que se hizo carne en la

sujeción y apropiación de las normas a partir de los diferentes roles pero que también ofició como esquema de clasificación de los sujetos en la vida social. Así la autonomía, constitutiva del individuo moderno, se hizo visible en “los individuos capaces de adaptarse a las normas de conducta de su sociedad – capacidad ausente en los anómicos – pero son libres de elegir si han de hacerlo o no” (Riesman, 1981). La autonomía, entonces, entendida como sujeción y libertad al mismo tiempo fue la otra gran ilusión de la modernidad. La unicidad y la autonomía como garantía de clausura del proceso de personalización.

Estos procesos conformaron un tipo de subjetividad acorde a las lógicas del capitalismo: un individuo libre y aislado en capacidad de establecer contrato con otros, en igualdad de condiciones, en el marco de relaciones sociales reguladas por la cultura y el mercado. La figura de la clausura de ese ser “completamente libre y completamente independiente”, con una “personalidad cerrada” y que depende y se regula a sí mismo en su interior, recorre como un fantasma la historia de la modernidad y habilita la metáfora de la sociedad como un conjunto de individuos aislados ocupando roles diferenciados en función al sistema que les da entidad (funcionalismo).

El resultado de algunos de estos procesos fueron cuerpos ascéticos, reprimidos a partir de mecanismos de autocontrol (figura del giroscopio), de control externo (radar) o de regulación a partir de la culpa, producción exclusiva de la matriz judeocristiana (Riesman, 1981). Cuerpos disciplinados que aprendieron a no definirse a partir del deseo sino del deber ser. El yo que se subordina al superyó. El yo que se constituye en la mirada reguladora del otro que en el psicoanálisis es la ley.

Sin embargo, en las tensas relaciones del sujeto con la estructura no todo es determinación y autorregulación, también hay fisuras, repliegues de la subjetividad que permiten pequeños cambios de timón, zonas de resistencia, autoproclamación del yo en los intersticios de la experiencia. La experiencia personal, en ese sentido, tiene fuerza subjetivante en la medida que se instala en las grietas de la estructura y ya no puede pensarse en términos de determinación, sino que debe pensarse en términos de permanente construcción. El sujeto va produciendo la estructura cuando organiza sus experiencias (Laclau, 1986). Si entendemos que la estructura (en este contexto podemos asimilarla a la realidad objetivada o al “afuera” de Freud) siempre es completada por los sentidos que los sujetos otorgan a la experiencia, los significados con los cuales construyen al mundo, se abre la posibilidad de pensar en un campo posible de decisiones de los sujetos, lejos de los fantasmas del determinismo althusseriano por un lado, y del análisis apocalíptico de Castoriadis por el otro, en su Avance de la insignificancia, cuando afirma que una sociedad sin imaginario colectivo que la aglutine y la dote de sentido y representación, ya no puede preguntarse por el sujeto.

Teniendo en cuenta la diversidad de enfoques, apelamos a la experiencia subjetiva que se constituye en las fallas de la estructura y desde ese proceso reorganiza el colectivo nuevamente, recuperando una dimensión autónoma aunque nunca enteramente libre del sujeto, y reivindicamos el lugar de la experiencia vital como “marcas ciegas” en las que cada hombre tendría la posibilidad de procurar una “descripción de sí mismo” (Rorty, 1991).

Y si la experiencia es marca, es sobre todo marca en el cuerpo. No hay subjetividad única como proceso continuo y prospectivo, la subjetividad se construye en hitos, mojones que configuran marcas. Estos indicios, marcas registradas en el cuerpo, son las que permiten armar relato, jerarquizarse, establecer un mapa de prácticas y sentidos que funcionen de andamiaje a la construcción subjetiva.

Escenario contemporáneo: subjetividades y relatos

Quiero contar lo indecible.

Son sentimientos en estado puro, visceral. Desordenados.

Es un juego, una reinención, una metáfora
de una parte de mí, de mi parte estéril.

Cecilia Martino, *Diario de una mujer estéril*

No hay subjetividad única pero si hay ilusión de unicidad. El relato funciona como organizador de esa subjetividad dislocada, fragmentada, esporádica. Y funciona porque el otro nos demanda un relato de nosotros mismos, nos reclama un acto de presentación para que él pueda elaborar su representación. El sujeto que se configura en las redes de experiencia enlaza su construcción de sí con la mirada del otro. Y allí el relato, la narrativa biográfica que condensa, otorga sentido, ordena la experiencia, provee de coordenadas espacio- temporales al caos de la acción y -además, al hacerla transmisible, la objetiva- la saca de uno, la pone en un afuera, la recorta, la resemantiza y así la vuelve terapéutica.

Quizás sea importante en este punto dar cuenta de las superposiciones y solapamientos que podemos encontrar entre las categorías de subjetividad, personalidad e identidad. Mientras subjetividad refiere una categoría social en tanto alude a los modos en que la norma nos modela en la expresión de los afectos y en la represión de las pulsiones (Papalini, 2013), la identidad tiene que ver con la adscripción del sujeto a los diferentes colectivos con los que construye relaciones de pertenencia a partir de la heteronormatividad y la alteridad. Y la personalidad puede entenderse como un modo peculiar de ser y, a la vez, hacerse visible (Sibilia, 2008). La personalidad es una

subjetividad que se construye para ser vista. Es decir, se cuenta a sí misma y pone ese relato en circulación a fin de someterlo a la mirada (juicio, negación, indiferencia) del otro.

En contextos de mediatización y espectacularización de la sociedad de consumo, hacerse visible a partir de un relato inmediatamente remite a pensar en procesos como la fetichización del yo o el yo como mercancía. Sujetos que se convierten en promotores del producto y también en el producto que promueven (Bauman, 2007) en el "mercado de la personalidad" (Sibilia, 2008: 31).

En Materiales para una teoría de las identidades sociales Gilberto Giménez otorga un papel central al relato biográfico como dimensión constitutiva del proceso identitario y da cuenta de la necesidad de la "autorrevelación recíproca" como un proceso de narración del sí en el marco de la interacción social. Y es ese intercambio el que le da entidad al yo, es en el marco del vínculo donde la subjetividad se presenta. El vínculo y la experiencia como condición de ser, como entramado que sostiene la angustia de ser en el vacío.

Por ello pensar en la autorreferencialidad o la descripción del yo solo desde el lugar de la seducción permanente o la vuelta a uno mismo a veces resulta insuficiente. El escenario actual, fruto de la revolución tecnológica y testigo de la caída de los lugares de referencia que otorgó la modernidad, ha instalado modos de pensar al sujeto más allá de la angustia de la pérdida, de la autorresponsabilidad o de la indiferencia. No se trata sólo de que el nihilismo ya no ocupa la centralidad del sujeto, sino que contra todos los pronósticos "la era del vacío no trajo más angustia" (Lipovetsky, 1983). De modo que el narcisismo ya no es el único modelo para pensar la construcción del yo en los tiempos que corren.

Al respecto resulta muy interesante la hipótesis de que la autorreferencialidad es un mecanismo de resistencia del sujeto (Papalini, en prensa) en un contexto en el que se desdibujan las normas pero aún pueden pensarse espacios de vínculos con los otros que operan de trama intersubjetiva.

En ese contexto algunos espacios, como los *blogs*, no sólo surgen como diarios íntimos abiertos (Sibilia 2008) sino que, asumiendo las potencialidades de las herramientas tecnológicas disponibles, se convierten en espacios de narrativa biográfica que habilitan al menos dos operaciones: ampliar el universo de lo decible y, en ese mismo acto, recuperar el valor terapéutico del relato.

La virtualidad, en su fantasía del anonimato, permite decir sin asumir al menos directamente las consecuencias de lo dicho. Permite nombrar desbocadamente el magma de sensaciones y escapar a la compasión de los otros. En el caso del *blog* que aquí se cita se trata de poner palabras lo indecible, como bien dice la autora. Hay catástrofes de la condición humana que duelen hasta la imposibilidad de ser nombradas y la incapacidad de trascender es una de ellas. Porque en la misma condición de lo humano se prevé la trascendencia como especie pero

también como espíritu. Y si además sumamos el mandato social no cumplido que supone ser mujer sin ser madre, nos encontramos ante una falta doblemente dolorosa.

El dolor físico y el dolor espiritual como constitutivo del yo. La angustia del vacío de sentido no es ajena a la condición del sujeto pero la posibilidad de compartirla es parte de las estrategias de supervivencia. Quien elige narrarse desde el dolor o desde la carencia no necesariamente entra con un capital simbólico “vendible” a la vidriera de la mostración subjetiva. Sin embargo, aun así elige hacerlo porque la ganancia (en la lógica de la compensación) tiene más que ver con la posibilidad de sanación del relato que con el juicio o la aceptación del otro.

No se trata sólo de interiorizar la norma sino que se da un proceso de refracción (Papalini, en prensa) entendido como un desplazamiento de lo dado por obra de la capacidad de recreación de los sujetos. Ese margen de movimiento en la falla de la estructura.

El dolor, bajo la forma de relato, es una metáfora. Una reinención de sí mismo, para volver a presentarse y así, reiniciar la cadena de las re – presentaciones en los intersticios de la sociedad y la cultura.

Bibliografía

- Arfuch, L. (2002), *El espacio biográfico*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2007), *Vida de consumo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (1997), *El Avance de la insignificancia*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Dufour, D. (2007), *El arte de reducir cabezas*, Buenos Aires, Paidós.
- Elias, N. (1988), *El proceso de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1975), *Vigilar y Castigar*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Foucault, M. (1988), *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós Ibérica
- Foucault, M. (2005), *Hermenéutica del sujeto*, Buenos Aires, Akal.
- Freud, S. (1930), *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza Editorial.
- Giddens, A. (1997), *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, Fondo de Cultura Económica.
- Lipovetsky, G. (1983), *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama.
- Martuccelli, D. (2007), *Gramáticas del individuo*, Buenos Aires, Losada.
- Papalini, V. (en prensa), “La moral de Dorian Gray. Discusiones en torno a la autorreferencialidad y el narcisismo contemporáneo”, en Remondino, G. (comp.), *Los anclajes del yo: expresiones del sí mismo y transformaciones culturales contemporáneas*, La Plata, Al Margen.

Riesman, D. (1981), *La muchedumbre solitaria*, Barcelona, Paidós.

Rorty, R. (1991), *Ironía, contingencia y solidaridad*, Barcelona, Paidós.

Sibilia, P. (2008), *La intimidad como espectáculo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Simmel, G. (1971), *Sobre la individualidad y las formas sociales*, Estados Unidos, The University Chicago Press.